



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla despues de rosas. (Continuacion.)— Ambicion y sueño; poesia.—Remitido.— La tumba y la rosa; poesia.— Revista de teatros.— Explicacion del grabado de confecciones.— Advertencia importante.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,

PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuacion.)

Mi amo tenia muchos amigos, habia brillado entre ellos con su lujo y su mérito artístico, y más que nada por su profundo talento; ¡pero ahora!.. ¡ahora!.. tenia una enfermedad contagiosa, sus recursos se apuraban, y á nadie podia servir más que de molestia ó de carga pesada y grave.

Le dejaron solo; pero Barbarini, nó. ¡Oh! ¿para qué queria él á nadie? Yo le asistia y proporcionaba cuanto estaba á mi alcance. Yo pasaba noches enteras tendido en el suelo á los pies de su cama para oirle respirar y proporcionarle calmantes cuando le daban los accesos de

tos. Yo le sostenia entre mis brazos y limpiaba el sudor de su noble frente cuando se accionaba, y luego que volvía en sí, me sentaba á la cabecera y le leia pasajes de una Biblia que siempre tenia sobre la mesa, y se tranquilizaba su espíritu y se reanimaban sus fuerzas.

Pasaron algunas semanas, y empecé á vender vestidos y alhajas de mi amo para costear su enfermedad, pues mis tristes ahorrillos ya se habian gastado.

Nuestra situacion se iba haciendo fatal, cuando un ángel del cielo se presentó en nuestra casa. Era la signora Elvira, que acompañada de su madre, venia á ofrecer á mi amo sus bienes, su asistencia y esmero.

Habia sabido la desgracia del artista, y si cuando le veia feliz no reparaba en él siquiera, al oir su desventura acudia generosa y caritativa á dispensarle bien.

Mi amo rehusó dando suspiros; pero tuvo tanta persuasiva en su acento, que le convenció al fin. Desde entonces ya no estuve yo solo para

cuidarle, la signora Elvira me acompañaba todas las horas que le dejaba libre su penosa obligacion del teatro.

No se ha visto hermana más solícita ni enfermera más piadosa y sensible.

Mi amo la bendecía interiormente; pero le imponía tanto su dignidad y virtud, que jamás se atrevió á decirle: «os he amado y este amor es mi muerte.»

Únicamente se daban el título de hermanos, haciendo así más dulce la agonía del enfermo. ¡Ah! Este consuelo era enviado por Dios.

Al fin llegó á postrarse del todo, y se fijó en su rostro con muestras inequívocas el sello de la muerte. Los médicos nos quitaron toda esperanza.

Le velábamos noche y día, y merced al oro de la señorita, nada le faltó.

Cuando estaba en sus últimos momentos, me llamó y me dijo:—«Barbarini, tú eres hombre de tanto corazón, como inteligencia y brazo. Creo que podrás defender á una mujer en caso necesario; pues bien, sigue siempre las huellas de ese ángel bendito á quien tanto debo, y no permitas que nadie la ofenda ni la haga sufrir: ¿entiendes? Si para su felicidad necesitas destruir el mundo entero, no te arredren los imposibles ni titubees en los medios.

»Quien ofenda á Elvira será un malvado, y debe morir, así como yo muero por haber querido llegar hasta el sol en mi insolente orgullo; pues ningún hombre la merece, ni es digno siquiera de aspirar el aire que ella aspira.»

Después llamó á la señorita y la dijo:—«Me quedan pocos momentos de vida, hermana mía. Voy á comparecer ante Dios, porque tú rogarás por mí, y este se apiadará de mis culpas. Te juro que mi espíritu estará en eterno ruego para que seas feliz. Sé que la amargura invade tu alma de continuo, y aunque ignoro la causa, no dudo que existe alguna poderosa y grande. Si las súplicas y la oración de un hermano pueden alcanzar del Altísimo el alivio de tus males, yo seré en el cielo un emisario tuyo, hermana mía, y llegarás á ser feliz, no lo dudes.

»Si lo consigues, acuérdate en medio de tu júbilo del que te tuvo tanto amor como respeto y culto.»

La voz espiró en sus labios, y sus cristalizados ojos pugnaron por derramar lágrimas; pero no pudo: la fiebre horrorosa que le consumía había secado las fuentes de sus pupilas. . . .

Pocos momentos después había dejado de existir. . . .

X.

Hasta media noche en el mar.

El marinero dejó de hablar: varios suspiros ahogados agitaban su pecho, y una lágrima furtiva asomó á sus ojos, que se apresuró á limpiar con el envés de la mano. Miró al cielo y sus ojos ardientes parecía que buscaban una sombra á quien invocar: sin duda murmuraba una oración, porque sus labios se movían suavemente y en su rostro reflejaba la sublimidad de lo infinito.

El señor disfrazado de marinero que le acompañaba, no se atrevió á interrumpir su sagrado arrobamiento, y tomando los remos abandonados momentos antes por Barbarini, apresuró el movimiento de la góndola.

Brillantes y hermosas estaban las lagunas, como espejos donde reflejase un faro de luz de Bengala. La celeste bóveda tachonada de limpidas estrellas, parecía el manto de una virgen bordado de plata.

La luna despedía tantos fulgores, como la corona de la Purísima en su ascension á los cielos. Este cuadro tan hermoso como melancólico, distraía al extranjero, mientras Barbarini se reponía para continuar su narración.

El silencio continuaba, y los pechos de aquellos dos hombres estaban oprimidos: uno por el amor, y otro por la lealtad y el cariño que aun después de muerto profesaba á su amo.

—¡Y bien!—dijo el primero, rompiendo al fin aquella pausa, que era penosa y larga para su impaciencia;—¿qué sucedió después?

—Después de la muerte, no sucede nada, sino la tristeza, las lágrimas y la desventura, con que el egoísmo de los vivos busca los que dejaron de ser.

—¿El egoísmo dices?

—Sí señor, el egoísmo; porque dejar la vida es acabar de sufrir, sobre todo, si es justo y

bueno el que sucumbe; pero los que quedamos por acá le sentimos, porque nos hace falta. Si en el momento pudiésemos llenar nuestro corazón con otro afecto, el cadáver que arrojamus á la calle apenas espira, y que cubrimos con cuatro puñados de tierra, sería para nosotros tan indiferente como lo es todo aquello que no ha de satisfacer nuestro capricho ó nuestras pasiones.

—Escéptico eres.

—Como todo el que ha cruzado el camino de la vida lleno de turbulencias y privaciones. En la desgracia se aprende mucho. Los grandes hombres no salieron seguramente del seno de la molicie y el lujo. Para aprender, es necesario cursar la escuela del infortunio.

—Bien; pero... ¿no continuas?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí!... Como digo, el cadáver se llevó á su destino, y yo me quedé como si me hubiesen arrancado la mitad de la vida.

La signora Elvira reparó en mi semblante, conoció lo que sufría y me dijo:—Barbarini, si has perdido un amigo, hoy hallas otro en mí. Corre tu suerte de mi cuenta. ¿Qué quieres ó qué necesitas para ser feliz?...

—¡Nada!—respondí ahogado por la emoción.

—¿Cuál era tu antiguo oficio antes de entrar al servicio del amo que acabas de perder?

—Era pescador y barquero, señora.—Pues bien, tendrás una barca.—Soy demasiado pobre, señora, y me sería imposible comprarla.—Es que yo la necesito para recreo, y tú has de ser mi guía por esas aguas.—Entonces... la admito.

A los dos días, ya cruzaba yo las lagunas y respiraba el aire de los mares, y esa hermosa libertad que tanto ambiciona el hombre.

La signora Elvira no se embarcó, sin embargo, por entonces un solo día. Otra nueva desgracia le esperaba y llegó al fin. Murió su madre, aquella virtuosa señora que tanto la quería, y por la cual lloró muchos meses sin consuelo.

Este golpe fué terrible para la que quedaba en país extranjero, sin amigos, sin parientes: verdad es que estaba rica y que después lo ha sido más todavía, pues era tal el entusiasmo del pueblo italiano por oír la cantar, que ganaba cada año cuantiosas sumas. Así continuó su vida por espacio de seis años, y viéndose ya

con la fortuna suficiente para vivir y hacer algún bien, eligió un albergue en el lugar más ignorado de Venecia, y allí se retiró á descansar.

Desde entonces, su vida es la penitencia y la oración, y el cuidar de los pobres y necesitados cual una madre solícita.

En su retiro la persiguieron las pretensiones del mundo. Aquellos que la habían admirado como cantante, viéndola solitaria y aislada, insistían en su pasión tenaz y desairada. Un famoso Dux, sobre todos, enamorado perdidamente, la ofreció cuanto poseía, y con su fortuna su mano; pero todo fué inútil. Aquel corazón parecía helado, aquella alma muerta: sin embargo, no era así; pues la signora Elvira lloraba á la vista de los desgraciados y era sensible y buena como un ángel en todos los afectos de la vida, excepto en el amor.

El Dux era hombre que, como aquel famoso Rey, no conocía la palabra *imposible* y quiso por fuerza, lo que de grado no podía conseguir.

Una noche, ¡oh! jamás lo olvidaré... Tuve un sueño espantoso: ví á mi amo envuelto en un sudario que cubría su cabeza y bajaba por sus sienes, formando una cinta blanca alrededor de su rostro pálido y desencajado. Se fué acercando á mi lecho, con ese paso misterioso y callado, que debe tener la muerte para que no la sientan sus víctimas, y cuando estuvo cerca, cojió una de mis manos, que yo le abandoné asombrado. Me la oprimió con fuerza y me dijo:—«Te supliqué que velaras por ella y descuidas mi encargo. La amenaza un gran peligro y la abandonas. ¡Oh! ¡Cuán pronto se olvidan las súplicas de los muertos!... Apenas teneis tiempo los vivos de decirnos un «Dios te perdone;» y os lanzáis en busca de nuevas emociones y nuevos seres; por eso he venido á recordarte un sagrado juramento, y he tenido para ello que abrir mi tumba, donde reposaba tranquilo, sin que me persiguiesen las injusticias del mundo, ni tuviese que esforzar mi voz para cantar, mientras se rompían mis pulmones, y se desgarraba mi triste corazón.

¡Oh! ¡Lo recuerdo perfectamente! En cambio de un pedazo de pan, le daba yo al mundo el poco aliento que me restaba, y que sentía salir

por mi boca como llamas de fuego, y el mundo aun no estaba contento conmigo.

¡Canta! ¡Canta! ¡Diviértenos!... ¡Complácenos!... ¡Sé nuestro juguete; nuestro maniquí!... ¡Canta!... ¡Queremos oírte!... ¡Cuánto nos gustas!... ¡Qué hermosa voz!... ¡Sigue! ¡Sigue! Tenemos oro: te pagamos, y tú tienes obligación de complacernos.» — Pero... ¡Dios mío!... ¡Si no puedo!... ¡Si me falta el aliento! — «Pues sigue cantando; para eso te has contratado, te has vendido por un año. — Y yo entonaba otra vez la armonía, y... me faltaron una vez las fuerzas y el eco se perdió, y no sonó mi voz como otras veces, y se resintieron los oídos de los espectadores, y... se burlaron de mí, y me escarnecieron, y... los mismos que me habían coronado de laurel, dijeron con indiferente sonrisa: — «Ya no nos gustas! ¡Retírate! ¡Lo haces mal! ¡Retírate y muere de hambre!

Tú no tienes más que tu arte; pero ya no sirve... ¡Vete!... ¡Vete!... ¡Vete!... Yo oía esas voces y... me fui avergonzado, confuso. Una mujer, un ángel, había visto mi derrota y esto me mató. La sangre enrojeció mis labios: el rubor me quitó la vista: la humillación daba vueltas en mi cerebro y no quería alzar los ojos siquiera. Parecía que había cometido un crimen.

Allí, retirado, en un oscuro rincón, yo tosía y tosía sin cesar, y el pecho se destrozaba, y la muerte se iba apoderando de mí y con ella la miseria.

Pero el ángel bendito se presentó en mi morada y endulzó mis últimos instantes, y conociendo lo injusto de la sociedad me llevó a un sitio, donde no he tenido que volver a cantar, y he reposado tranquilo, sin que las voces de los séres volubles y descontentadizos me vuelvan a decir con insolente orgullo: — ¡Vete! ¡vete!... ¡ya no nos gustas!... ¡vete!...

¡Oh! ¡Cuán bien estoy en mi oscuro escondite! ¡solo he salido de él, para decirte que recuerdes el juramento que me hiciste al morir, y veles por ella y la ampares y la defiendas. ¡No ves! no ves!... ¡La están amenazando!... ¡Y tú la dejas, y no vuelas a su socorro!... ¡Barbarini, Barbarini, no duermas!... ¡El que tiene un tesoro, nunca se entrega al descanso!... ¡Adios!... ¡Adios!...

Yo sentí estrechar mi mano, una mano que

despedía fuego: abrí los ojos espantado y nada ví. Una luz agonizante ardía en mi lamparilla, y cada vez que producía su último chisporroteo una claridad confusa, se me figuraba distinguir una sombra detrás de un armario que había en un rincón del aposento.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

AMBICION Y SUEÑO.

¿Por qué es tan breve la ventura humana
Que un instante de dicha al alma llena
Huyendo luego como sombra vana?
¿Por qué es tan larga la incansable pena?
¿Por qué ilusion liviana
De su gozar en el traidor beleño
Empapa el corazón y los sentidos
Del hombre siempre ansioso,
Que vá en su pos, y con mentido sueño,
Arrastra sus deseos mal dormidos?
Y al caos borrascoso
Del padecer, al despertar le lanza,
Donde al abrir los ojos vé con duelo
Agostada la flor de la esperanza
Que acarició su loca fantasía,
Cuando soñaba un cielo,
Iris de paz, de dicha, de bonanza
Y perpétuo gozar, do solo había
Un fruto amargo del mezquino suelo.
¡Delirio sin igual! ¡Vana locura!
Soñar un paraíso
Tapizado de flores peregrinas,
Buscar una celeste criatura,
Donde el destino quiso
Que solo hubiera inmensidad de espinas
Y un piélago insondable de amargura.
El mundo escucha con desden profundo
Al génio audaz que en su impotencia lucha
Por un lauro de gloria
Que á su frente ceñido vea el mundo.
¿De qué sirve su afán? ¡Nadie le escucha!
Por sepulcral silencio allí sujeta,
Deshecho el dulce encanto,
¿Quién inflama la mente del poeta?
¿Quién presta aliento á su cansado canto?
No hay un sér que le tienda mano amiga,
Y calme su abatido desconsuelo,

Ni una voz cariñosa que le diga:
 «Yo te comprendo, ven, hé aquí tu cielo,
 Está en mi corazón, goza la calma
 Que ambicionaste, mientras el contento
 Calmará los pesares de tu alma
 Con el tranquilo y dulce sentimiento
 Que tu sentir le inspira;
 Dá vuelo á tu exaltado pensamiento,
 Templo, poeta, la sonora lira.»
 Entonces elevando
 Su omnipotente voz, serena y pura,
 El ancho espacio con afán cruzando,
 Llegarían sus cantos á la altura.
 Y si un día su nombre
 Escribía en sus páginas la historia,
 Y rodeado de inmortal renombre
 Su sien orlaba de brillante gloria,
 Se alzaría con él. Mas... desvarío;
 Del orbe humano en el inmenso centro,
 Si existe un génio candoroso y pío,
 ¿Dónde ese génio está que no le encuentro?

BERNARDO DEL SAZ.

Sra. Directora de LA VIOLETA.

Muy señora mía: Espero de la bondad de Vd. se digne insertar en su apreciable periódico las siguientes líneas, inspiradas por la grata impresión que me ha producido la vista de una de las joyas artísticas más preciosas que han llegado á España.

Hablo del maravilloso mosaico, original del Sr. Constantino Rinaldi, italiano, que por espacio de algunos días ha estado depositado en casa del Sr. Safont, donde hemos tenido el placer de verle y extasiarnos en su contemplación más de una vez.

Este cuadro ha sido el valiente destello de un génio que ha salvado los límites del círculo donde hasta ahora giraban todos los mosaicos, aun los reconocidos por mejores; ha salvado los límites, decimos, tanto en su extensión material como en su mérito artístico, elevando este á un grado tal, que, no tememos en confesarlo, no se puede formar idea de él sin ver el referido cuadro.

Esta obra del célebre Rinaldi cuenta 48 decímetros de largo por 12 de alto; se compone próximamente de 2.500.000 piedrecitas, y el autor ha empleado ocho años en su construcción.

Cuando una obra sale de una mano maestra; cuando esta obra es un rayo del verdadero

génio, por un efecto mágico de la naturaleza, parece que se acumulan en él un tesoro de bellezas, distintas acaso, superiores tal vez de aquellas á que el autor aspiró en la primera concepción de su obra.

Decimos esto, porque tres son en nuestro juicio las maneras, bajo las cuales debemos considerar el cuadro del Sr. Constantino Rinaldi: 1.^a, como representación histórica; 2.^a, como pintura; 3.^a, como su objeto directo, como mosaico.

Este cuadro no representa una sola figura, ó un templo, ni otro edificio, como hasta aquí ha sucedido con todos ó casi todos los mosaicos, no; representa la vista general de Pesto, no lejos de Salerno, exactamente tomada sobre el terreno.

Pero, testificando nuestro aserto con cuantas personas lo han visto, podemos asegurar que lo que menos piensa el observador cuando por primera vez fija su mirada en el referido cuadro, es que aquello pueda ser otra cosa que una excelente pintura; y sin ir más allá de este pensamiento, ni buscar en la admirable obra que tiene delante otro secreto, otro prodigio más admirable aún, una y mil veces elogia el excelente pincel que con tintas tan divinas y con exactitud tanta ha sabido reproducir la naturaleza, arrancando del seductor país napolitano uno de sus más seductores paisajes.

Aquí se vé un templo de arquitectura griega, cuyas esbeltas columnas se pierden en el brillante azul de una atmósfera trasparente; allá se descubre un árbol tronchado por el huracán ó por los años; entre el verde y robusto follaje, que está reflejando con su galanura la fecundidad del suelo de Italia, se descubren bases y capiteles de columnas y restos de cornisamentos, sepultados allí por el tiempo; un aldeano y una aldeana descansan de sus fatigas, sentados sobre la yerba; á lo lejos apacienta un pastor sus vacas; y más á lo lejos, en el último término de tan rica composición, se descubren las blancas velas de pequeñísimas embarcaciones, que parecen mecerse blandas sobre un mar de plata y bajo un cielo diáfano y azul.

Si después de ver todo esto; si después de admirar una y cien veces la verdad del dibujo, la proporción de las diferentes partes y la armonía del todo, pensamos que en aquel bello conjunto para nada ha entrado el pincel; que todo se halla formado por pequeñísimas piedras, cuyas juntas se escapan de la vista más perspicaz; que aquellos vivos colores que tanto nos recrean son los mismos colores que las piedras tenían en la cantera; y que el fantástico brillo que seduce la imaginación, es brillo arrancado á la piedra misma por la mano del artífice; si todo esto pensamos, experimenta nuestra alma un sentimiento tal de admiración, que parece

recojerse ante aquella obra eminente del arte.

No exageramos al decir que ni los mosaicos que hemos visto en casas de particulares, ni los que existen en el Museo de Madrid, ni la célebre Concepcion que en mosaico se conserva en la catedral de Toledo, ninguno puede compararse con el gran mosaico del Sr. Constantino Rinaldi.

Habiéndonos ocupado del mérito artístico de este cuadro, parece natural que digamos dos palabras acerca de su historia, y manifestemos la razon por que ha venido á España antes de ir á Alemania, á Francia ó á Inglaterra, especialmente á esta última, que hoy es el emporio del arte.

El Sr. Constantino Rinaldi, con la fé y la constancia propias de un artista, ha estado trabajando por espacio de ocho años en su cuadro, con la viva esperanza de verlo un dia terminado y presentarlo en Lóndres. Ese dia llegó por fin, pero bien triste para el Sr. Rinaldi, porque en él perdió á su querida esposa; y como si esto fuera poco para afligir el corazon del hombre, perdió poco despues á su adorada hija: anonadado con tan funestos golpes, el Sr. Rinaldi se propuso no abandonar ya ni un instante el suelo en que reposan las cenizas, calientes aún, de sus dos objetos más queridos, y comisionó á un amigo de toda su confianza para que presentara su cuadro en Lóndres. Este amigo del señor Rinaldi es un buen español, amante de su patria, de lo que el lector se convenceria al leer su nombre, si su nombre nos fuera permitido expresar aquí: este amigo dijo al Sr. Rinaldi que no conducia el cuadro á Lóndres sin traerlo antes á España, sin presentarlo antes en la corte de su nacion. El amigo del Sr. Rinaldi ha realizado sus deseos; el cuadro ha sido examinado por muchas personas, todas inteligentes, y todas han convenido en que en clase de mosaicos es lo mejor que hasta hoy existe, y tal vez, tal vez, muy difícil de mejorarse.

Los periódicos de la corte se han lamentado con sobrado fundamento de que este cuadro no pasara á adornar el palacio de nuestra augusta Soberana, ó el de alguno de los magnates españoles, ó á ocupar el lugar que le corresponde en el Museo; nosotros tenemos la satisfaccion de decir que el dicho cuadro se encuentra hoy en el gabinete del Sr. D. José Salamanca; y es de presumir que este señor, que tan buen gusto ha manifestado siempre en rodearse de objetos notables, no permitirá que la obra maestra del célebre Rinaldi salga de su casa; pudiendo estar seguro si, como no dudamos, adquiere el cuadro, que posee una joya de inapreciable mérito; cuyo mérito irá creciendo á medida que pase el tiempo, y la gloria del autor y el origen del cuadro se vayan envolviendo con el sublime manto del misterio.

Señora Directora, aprovecho esta ocasion para ofrecermelo de Vd. seguro servidor Q. B. SS. PP.
—M. Ibo Alfaro.

LA TUMBA Y LA ROSA.

(Traducción de Victor Hugo).

La tumba dice á la rosa:

—Del llanto que el alma vierte

¿Qué haces tú, flor amorosa?

Y esta á la tumba responde:

—¿Qué haces tú, la que la muerte

En tu frio seno esconde?

Diz la flor: — Fosa sombría,

Del llanto, en las sombras hago

Un perfume, que estasia.

Diz la tumba: — Flor del suelo,

Del alma que al mundo amago

Formo un ángel en el cielo.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

Animada y alegre se ha mostrado la primavera en la coronada villa, no tanto por la magnífica temperatura que se disfrutaba (quizá con harto perjuicio de los campos), cuanto porque la muchedumbre de espectáculos que han tenido lugar, han proporcionado grato soláz á sus habitantes.

Al baile aristocrático de trajes de los duques de Fernan-Núñez, donde la tradicion de la historia, la de la fábula y la del capricho, tuvieron maravillosa representacion; á la fiesta dramática de la noble y hermosa duquesa de Medinaceli, sucedieron los conciertos clásicos del Conservatorio, donde los *virtuossi* paladearon el dulce sabor de las deliciosas *fioritures* de la música de los grandes maestros, interpretada por artistas de canto como Mad. Lagrange, y por profesores de instrumentacion como Monasterio y Perez. — El violinista Leenders tambien ha dado conciertos públicos, con aplau-

so de los que le han oído, de modo que el arte filarmónico está de enhorabuena.

Nuestros asendereados teatros también han dado algunas señales de vida en la pasada semana, si bien estas señales de vida han sido de suyo tan fugitivas, tan poco durables, como las convulsiones de un cuerpo galvanizado.

A pesar de todo, en el Circo se ha estrenado una bonita comedia, bautizada modestamente por su autor con el título de juguete cómico, que por sus pocas pretensiones, y por su feliz desempeño, se ha hecho acreedora al aprecio del público en general, y al de los inteligentes en particular.

Titúlase esta linda comedia: *¡Viva la libertad!* y es original del Sr. Zumel.

Su autor se ha propuesto censurar en su obra la mal entendida libertad, dentro del hogar doméstico, y al efecto ha buscado el punto de vista cómico del asunto, caracterizándole con tipos adecuados, que si no perfectos del todo, porque unos aparecen como en embrión y otros se rozan algo con la caricatura, siempre resultan graciosos y originales, escitando la hilaridad del espectador y deleitándole.

El argumento de esta comedia es sencillo, original por la forma y por el corte, ameno y ligeramente epigramático. Una esposa joven, de buen natural, pero de carácter frívolo, se cansa de lo que ella llama tiranía de su esposo, se asusta de la monotonía de sus placeres domésticos, y dando oídos á un primo, á un *petit lion*, que es una especie de caíman sifilítico, acepta sus falsas teorías, y quiere proclamarse independiente. En esta tarea la ayuda una criada de chispa, que también está como su ama por las ideas de libertad, y que al dar ella delante de su marido el primer grito de independencia, coopera á la anarquía con otro criado, aumentando más y más el desorden y la confusión.

El marido pone el grito en el cielo al ver el espectáculo que le rodea; pero hombre de algunas luces, reflexiona sobre su situación y busca el remedio atacando al enemigo con sus propias armas, es decir, adoptando el mismo sistema de libertad absoluta, único recurso que le queda para restablecer el equilibrio conyugal.—Crece la anarquía, se convierte la casa

en una especie de *aquelarre*, todos se confunden, todos se increpan, y en presencia de aquel cuadro desolador, se opera una magnífica reacción en el alma de la esposa, renace su cariño otra vez, y presenta bandera blanca á su marido: la sublevación cómica se sofoca, y el hogar vuelve á su estado normal.

Esta es en resumen la obra del Sr. Zumel. Como se vé, tiene bastantes puntos de contacto con la *República conyugal* de Rubí; pero, lo repetimos, su corte es agradable, su forma correcta, y su versificación fluida y ligera. Chispea en toda la obra la gracia de la comedia, si bien el acto tercero languidece algo por los pensamientos sentenciosos que contiene. En resumen, la obra del Sr. Zumel es apreciable por su natural animación, por su interés progresivo, por su diálogo siempre cómico y gracioso, y por su buen desempeño literario. La modestia del autor aquilata más su trabajo, que escede con muchas ventajas á las proporciones de un juguete. Recomendamos esta obra á nuestros lectores, persuadidos de que han de pasar un rato agradable.

En Variedades se ha estrenado con buen éxito una comedia en tres actos y en verso, escrita por los Sres. Pastorfido y Granés, sobre el pensamiento de una comedia en cinco actos de Casimir Delavigne, titulada *L'Ecole des vieillards*. El arreglo se titula *Crisis Matrimonial*. En la ejecución sobresalieron mucho los señores Romea y Mário. El público llamó al final de la obra á los autores del arreglo.

En el Príncipe se estrenó también un drama en cuatro actos y en prosa, original de don José María Díaz, titulado: *Siempre mártir, nunca reo*.

Este drama es una protesta contra la pena de muerte, y una apelación enérgica contra los delitos políticos. Su argumento es del orden judicial con la forma dramática.

Aceptamos con sumo placer la filosofía del autor sobre un asunto de tanta trascendencia para la humanidad; pero no es el teatro el campo mejor para ventilar cuestiones tan graves, que pertenecen de hecho al libro, y que reclaman profundos conocimientos, y una gran fuerza de lógica para esclarecer las teorías y para llevar el convencimiento á todas las

conciencias, en general víctimas todavía de añejas aberraciones.

Las grandes cuestiones del derecho público no caben en el arte dramático, sin más razón que la de la inconveniencia. En el teatro caben las pasiones, los vicios, las miserias y las deformidades humanas, siempre que se traten de una manera concreta, siempre que sean el resultado de la anatomía del corazón, siempre que sean la síntesis de una larga y profunda experiencia. Llevar inspiraciones á la ley por medio del teatro, es una pretension absurda, un error que se conquista muy fácilmente el ridículo, con notables perjuicios de la causa que se defiende.

Los derechos humanos tienen más grande esfera para buscar sus apetecidas restauraciones: tienen el periodismo, la tribuna pública, el libro, todos los elementos de la palabra, que pueden ilustrarla, propagarla y enaltecerla. El teatro tiene más modestas proporciones.

La última obra del Sr. Díaz es digna de elogio, por su buena forma literaria. Sin embargo, también pertenece al período decadente de este aplaudido autor, que tiene grandes dotes para el arte dramático, y que las ha malgastado en virtud de la tendencia que ha querido imprimir á la mayor parte de sus producciones.

En la ejecución se distinguieron la señora Díez, la Tenorio y Casañer. El autor fué llamado al final del segundo acto, y al final de la obra.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Explicación del grabado de confecciones que con este número repartimos á las Sras. Suscriptoras.

1.^a Figura. Capa de tafetan con mangas cortadas en el costado, con las puntas vueltas guarnecidas de guipure, sirviendo de punto de partida la costura del brazo, y subiendo por la espalda en forma de berta, con punta por detrás, y bajando desde el brazo á guarnecer la manga. Adornos de trencilla en las vueltas y sobre la delantera de la capa.

2.^a Figura. Casaca de tafetan para niña de ocho á diez años. Los delanteros lisos, y la es-

palda está cortada en dos partes para tomar mejor la combadura del talle, y para dar vuelo á la falda, que se recogerá por detrás en cinco ó seis pliegues, cubriéndolos con un fleco de pasamanería. Manga de codo con hombrera y puño de pasamanería.

3.^a Figura. Talma de cachemir negro, bordada de trencilla y guarnecida de dos órdenes de guipure.

4.^a Figura. Traje para niño de ocho años. Blusa de cachemir gris, con adornos de pasamanería y botones azules. Pantalón ancho de cachemir azul, recogido en las rodillas por un puño. Botas de charol con vueltas grises de piel de gamo.

5.^a Figura. Casaca de tafetan negro, ajustada al talle y guarnecida de pasamanería. El cuello le figura un adorno de pasamanería. Mangas de codo con vueltas, adornadas del mismo modo que la espalda.

6.^a Figura. Paletot de señora para traje de mañana ó de viaje. Es de un paño ligero, color gris perla. Lisos los delanteros y semi-cenidos por detrás en el talle, manga de codo con vueltas y bolsillos, guarnecidos por una cinta de pasamanería negra y blanca, que adorna todo el paletot.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Habiendo aumentado considerablemente la suscripción á la VIOLETA en los últimos meses, y teniendo necesidad de valernos de diferentes repartidores, que no están bien enterados de los domicilios, rogamos á las señoras suscriptoras de Madrid tengan la bondad de mandar aviso á esta administración de cualquier falta ó retraso que experimenten en el recibo del número, para corregirla inmediatamente.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.



1

2

3

4

5

6

Prix d'Abonnement
Paris 10^f an.

LE MIROIR PARISIEN
Journal des Dames et des Demoiselles.
Bureaux, 15 Boulevard de Sébastopol (Rive Gauche), 13 Paris.
Ayuntamiento de Madrid

1^{er} Avril 1863

Prix d'Abonnement
Départementa 12^f an.

